

§ II. Los orígenes de la idea del progreso.

I.

La creencia en una perfectibilidad infinita es el carácter distintivo del siglo XVIII; pero la idea misma del progreso no data de la filosofía del siglo pasado. Remonta hasta la antigüedad. Se dice, y nosotros mismos lo hemos dicho, que los antiguos desconocían la noción de la perfectibilidad. Esto es cierto, pero con una reserva. Es cierto que no creían en una existencia indefinidamente progresiva, ni para los individuos ni para las sociedades. Era una opinión general que al cabo de una cierta revolución de los astros, todas las cosas volvían absolutamente al mismo estado en que habían estado antes. Los filósofos aplicaban esta doctrina desconsoladora al destino de los hombres lo mismo que á la naturaleza física. De aquí resultaba que la existencia de los individuos y de los pueblos sobre esta tierra reproducía eternamente las mismas faltas y las mismas desgracias. Esta singular concepción tiene su explicación; puede decirse que supone la idea del progreso, aunque limitándolo. Siendo el hombre un ser imperfecto, y estando unido su destino á las condiciones físicas de la tierra en que habita, debe llegar un tiempo en que la humanidad habrá alcanzado el último grado de perfeccionamiento á que puede llegar en los límites actuales de su organización. ¿Qué sucederá entonces? La ciencia moderna, descubriendo innumerables mundos, ha abierto una perspectiva infinita á nuestras esperanzas. Pero los antiguos no tenían tan dilatados horizontes; por consiguiente no había más medio de conciliar la inmortalidad con las leyes de una morada invariable que hacer renacer á los hombres en condiciones eternamente idénticas.

¿Había al menos progreso en cada período de la existencia del género humano? Los antiguos negaban decididamente el progreso moral. ¿Quién no conoce los desconsoladores versos de Horacio? «La edad de nuestros padres, peor que la de nuestros abue-

los, nos ha producido á nosotros, que somos peores que ellos, y que á nuestra vez dejaremos una descendencia más mala que nosotros.» Sin embargo, hay en los hombres un instinto profundo y un deseo insaciable de perfección. No concibiendo la perfección en el porvenir y como término ideal de nuestra existencia, los antiguos la pusieron en la cuna del género humano. De aquí la fábula de la edad de oro que los poetas cantaban y que los pueblos echaban de menos. Es todo lo contrario de la perfectibilidad, porque es la creencia inversa en una degeneración que va creciendo, hasta que una revolución física venga á renovar el mundo. Era imposible para los antiguos concebir una humanidad perfectible. La cuestión del progreso se reduce en definitiva á un punto de hecho; para que los hombres lo conciban, es necesario que tengan detrás de sí muchos siglos que puedan comparar con aquel en que viven. Esto era imposible en la antigüedad. Por muy antigua que fuese ya la tierra, á los antiguos les parecía muy joven; en el aislamiento en que vivían, ignoraban la existencia de los pueblos que cubrían el globo. Les faltaban, por consiguiente, términos de comparación. Por consiguiente, no podían elevarse sobre las miserias de la vida presente, y es muy natural que se creyesen nacidos en una edad de hierro, viendo imperar por todas partes la fuerza con las calamidades que lleva consigo.

Sin embargo, hay una esfera en que amaneció la idea del progreso: la esfera de la ciencia. La Grecia vió nacer un hombre de un espíritu universal, filósofo, naturalista, político. Aristóteles, comparando el estado á que la ciencia había llegado en su época con los ensayos imperfectos de sus predecesores, consignó que había progreso; con su admirable espíritu de observación echó de ver que la verdad no se descubre más que sucesivamente; nadie la alcanza por completo, pero tampoco nadie la desconoce por completo. Cada filósofo explica algún secreto de la naturaleza. Lo que cada uno en particular añade al conocimiento de la verdad no es nada, ó es poca cosa; pero la reunión de todas las ideas presenta importantes resultados. Aristóteles aplica estas consideraciones á todas las ciencias; la innovación, dice, es provechosa para todas. Ahora bien, también la política cae una ciencia. Debe, por consiguiente, ir perfeccionándose. Cosa notable, y que viene á apoyar

lo que acabamos de decir del progreso, el filósofo griego invoca el testimonio de los hechos: «Las leyes antiguas eran sencillas y bárbaras con exceso.... Nuestros primeros padres se asemejaban probablemente al vulgo y á los ignorantes de nuestros días» (1). Hé aquí el progreso científico y hasta el gérmen del progreso social.

Los Romanos eran inferiores á los Griegos en cuanto á los dones de la inteligencia; sin embargo, gracias á sus conquistas, su espíritu se ensanchó en una medida que no podían alcanzar los Griegos en sus estrechas ciudades. No debe admirarnos, pues, de encontrar en Ciceron un sentimiento muy vivo, muy decidido del progreso en la esfera de la filosofía. A las objeciones del escepticismo académico responde: «Admitamos que en la infancia de la filosofía, cuando estas materias eran completamente nuevas, los hombres hayan tropezado. Pero despues de tantos siglos, con el concurso de tantos genios de primer orden, de tanto estudio y aplicacion, ¿no se habrá descubierto nada?» Esta era la opinion de Ciceron, partidario decidido de los modernos. «Las cosas más nuevas son ordinariamente las más exactas y las más seguras» (2). De esto á concebir esperanzas, si no ilimitadas, al ménos muy grandes para el porvenir, no habia más que un paso. Cuando se lee á Séneca, se creeria oír á un filósofo del siglo XVIII: «Nos admiramos, dice, de no conocer á Dios. Pero ¡cuántos seres hay en esta tierra que se han dado á conocer por primera vez á nuestro siglo; cuántos nos son desconocidos, que serán descubiertos en los siglos venideros! ¡Cuántas conquistas quedan reservadas á las edades futuras, cuando nuestra memoria se haya extinguido ya para siempre! Hay misterios que no recorren en un día todos sus velos. La naturaleza no revela de una vez todos sus secretos. Nos creemos iniciados, y estamos aún en los umbrales del templo. La verdad no sale á ofrecerse y á prodigarse á todas las miradas; se encierra y oculta en lo más profundo del santuario. Nuestro siglo descubre una fase; los siglos venideros contemplarán otras» (3).

(1) ARISTÓTELES, *Metafisica*, lib II, *initio*.—*Política*, II, 5.

(2) CICERON, *Academic.*, I, 4; II, 5.

(3) SENECA, *Quest. Natur.*, VII.

La misma convicción aparece en Plinio el naturalista, con una confianza en el porvenir todavía más ilimitada. «¡Cuántas cosas eran consideradas como imposibles ántes de haberse realizado! Tengamos, pues, gran confianza en que los siglos van incesantemente perfeccionándose» (1).

II.

Los antiguos no habian visto una de esas revoluciones inmensas que trastornan el mundo para renovarlo. Hoy consideramos al cristianismo como el signo más evidente de un desenvolvimiento progresivo de la humanidad. ¿Debe deducirse de esto que Jesucristo inauguró el dogma de la perfectibilidad y que el siglo XVIII no hizo más que continuar la tradicion cristiana, cuando creia combatirla? La cuestion es difícil en sí misma y las pasiones religiosas la han hecho más oscura. Escuchemos primeramente al cristianismo primitivo. Jesucristo predica la regeneracion moral, y si, como es probable, es suyo el sermón de la montaña, eleva las exigencias de su ideal de perfeccion más alto que la ley antigua. Hay en las famosas antítesis de aquel discurso, como hemos dicho en otra parte (2), el gérmen del progreso, al ménos en el orden moral. ¿Es esto decir que Cristo ha revelado el dogma de la perfectibilidad? Esto sería tergiversar la historia, como acostumbran los defensores de la Iglesia. Aun cuando el cristianismo sea un progreso inmenso en la vida de la humanidad, es dudoso que Jesucristo haya tenido conciencia de la revolucion que inauguraba. El maestro y sus discípulos estaban imbuidos en la creencia de que el fin del mundo se acercaba; ¿cómo, pues, podían creer que el Evangelio fuese el principio de una era nueva? Todo lo que puede afirmarse es que Cristo predicaba una reforma moral. Esta reforma se ha realizado en los límites de la imperfeccion humana. Es un hecho de considerable trascendencia. En efecto, el progreso

(1) PLIN., *Histor. Natur.*, XIX, 1, 4.

(2) Sobre el dogma del progreso en el cristianismo, véase el tomo IV de mis *Estudios*.

moral y religioso es el único que aún encuentra contradictores en nuestros días. Opongámosles con confianza el discurso de la montaña y la revolución que ha efectuado. Por este concepto Jesucristo puede figurar entre los reveladores de la creencia del progreso, aún cuando ésta vaya más allá que la ley de salvación que anunció.

La idea del progreso dió un nuevo paso cuando la *buena nueva* entró en colisión con el gentilismo. Hoy los partidarios del cristianismo tradicional se llaman conservadores por excelencia. Cosa singular, los primeros discípulos de Cristo pasaron por revolucionarios, y lo eran. Los paganos eran los verdaderos conservadores; si se les hubiera escuchado, la sociedad sería hoy lo que era en tiempo de los Césares. Acusaban á los cristianos de ser los más malos de los innovadores. Los cristianos hubieron de defenderse, y no podían hacerlo sin contradecir á la inmutabilidad antigua, lo cual los llevaba á pensar en un desenvolvimiento progresivo de la humanidad. Esta lucha del cristianismo contra el gentilismo inspiró á los Padres de la Iglesia sentimientos é ideas que no rechazarian los partidarios del progreso. En otra parte los hemos expuesto (1). Sin embargo, el trasformar á los santos Padres en defensores de la perfectibilidad del espíritu humano, sería hacerles un honor que no merecen y que ellos á su vez no aceptarían.

En primer lugar el progreso realizado por el cristianismo era exclusivamente moral ó religioso. Los Padres de la Iglesia hubieran rechazado lejos de sí la idea de un progreso material, puesto que maldecían la materia como el imperio de Satanás. Si el crecimiento de la riqueza, si la explotación de la naturaleza hubieran podido ser contenidos, el cristianismo lo hubiera hecho. No era más favorable á la ciencia humana la nueva religión; los más consecuentes entre los discípulos de Cristo reprobaban la ciencia, por lo ménos como inútil; los más fogosos llegaban á condenar la filosofía como obra del demonio. Si se hubiera escuchado á los cristianos, la filosofía, la más elevada expresión de la ciencia, hubiera quedado reducida al humillante papel de sierva de la teología. En cuanto al progreso social, no era posible pensar en él en la doctri-

(1) Véase mi *Estudio sobre el Cristianismo*.

na cristiana. ¿No había entregado Jesucristo á César el mundo político? ¿No había consagrado y santificado la esclavitud el apóstol de los gentiles? ¿No legitimaban los Padres de la Iglesia el poder de los reyes, haciéndolo derivar de Dios, aún cuando degeneraba en un despotismo monstruoso? Quedaba el progreso religioso. Hoy el progreso nos parece evidente. Pero lo que nosotros llamamos progreso, es casi un sacrilegio para los verdaderos cristianos. Si hay una revelación milagrosa de Dios, no es posible pensar en el progreso; sería absurdo bajo este punto de vista, é impío llamar progreso á la verdad absoluta que Dios mismo comunica á los hombres. Esto es tan cierto, que los cristianos no admiten siquiera que el cristianismo haya sido preparado por la antigüedad, sino únicamente por la revelación de Moisés. Aun aquellos Padres de la Iglesia que celebran la filosofía griega como una educación providencial del gentilismo, tienen cuidado de relacionarla con la ley antigua, diciendo que está tomada de la Sagrada Escritura.

Si no ha habido progreso desde la antigüedad al cristianismo, ménos aún puede haberlo después del advenimiento de Cristo. Esta es la última revelación, y ha de durar hasta la consumación de los siglos. Sin embargo, la necesidad del progreso es tal, que se hace lugar hasta en el seno del dogma inmutable de la Iglesia católica: «¿No hay progreso en la Iglesia de Cristo?», pregunta Vicente de Lerin. «Le hay y mucho, y ¿quién habría tan envidioso del bien de los hombres, tan maldito de Dios que lo impidiese? Pero ha de ser progreso y no variación.» Estas palabras son importantes; manifiestan á la vez la necesidad de progreso y la imposibilidad en que se encuentra la Iglesia de realizarlo. En efecto ¿cómo ha de haber progreso sin cambio, sin innovación? Y el catolicismo no admite innovación; el mismo Vicente de Lerin que enseña que hay progreso en la Iglesia de Cristo, sienta el famoso principio de que todo lo que es nuevo es herético. Esta es la máxima que Bossuet opone constantemente á los protestantes: condena radicalmente toda reforma de las creencias cristianas. ¿Qué progreso es, pues, el que se realiza en el catolicismo? El desenvolvimiento de la verdad revelada por Dios: siempre la misma verdad por consiguiente, pero vista con más claridad, entendido

de una manera más perfecta. Una religion revelada no puede admitir otro progreso. ¿Cómo conciliar esta inmutabilidad con la ley de perfectibilidad que rige á la creacion? El progreso tiene lugar; digan lo que quieran hay innovacion, pero se la oculta bajo el nombre de desenvolvimiento, como tendremos ocasion de hacer ver. Pero de todos modos la inmutabilidad del dogma católico es una valla que pone obstáculos al perfeccionamiento. Si, á pesar de esto, se realiza el progreso, es en cierto modo á escondidas: en caso de necesidad se le niega, para salvar la verdad revelada. No es así como la filosofía entiende el progreso; no cree que haya sonado la última palabra de Dios: léjos de temer la novedad, la busca y la provoca; éste es el único medio de hacer avanzar á la humanidad.

Si el cristianismo tradicional se opone á un verdadero progreso en la esfera de la religion, si ve una herejía en toda innovacion, ménos aún puede aceptar el progreso individual. Verdad es que Jesucristo pronuncia esta palabra profunda, que es como una excitacion incesante al perfeccionamiento: *Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos*. Puesto que el hombre, sér imperfecto por su esencia, debe aproximarse incesantemente á la perfeccion del Creador, tiene que realizar un trabajo infinito de perfeccionamiento. Hé aquí, pues, al parecer, el progreso, y progreso ilimitado. Pero sucede con el progreso individual lo mismo que con el progreso religioso; no tiene lugar mediante el trabajo del hombre, y por consiguiente, no es posible pensar en perfectibilidad. Así como no hay progreso cuando Dios revela la verdad al mundo por un medio milagroso, no le hay tampoco cuando el individuo recibe la luz sobrenatural de la gracia. Los filósofos admiten tambien una inspiracion divina, una educacion providencial; pero por intermedio de la humanidad, siendo la razon el instrumento del perfeccionamiento individual, á la vez que del progreso social. Es imposible para el cristianismo aceptar el progreso así entendido, porque á sus ojos la razon está corrompida, viciada para siempre por el pecado original.

Escuchemos á un escritor reformado, cristiano sincero, espíritu elvado: « Si el hombre, dice Vinet, á medida que la humanidad avanza, se va haciendo esencialmente mejor, no es posible

hablar ya de pecado ni de redencion. Arrancada esta sola piedra, la bóveda se viene al suelo» (1). El pecado original, tomado en serio, es la negacion radical del progreso individual, y si no hay progreso individual, ¿qué es del progreso social? Afortunadamente caben transacciones con el dogma. San Agustin no reconoceria ya su creencia en la de los neocatólicos; tanto se ha *desarrollado*, que ya no queda de ella más que el nombre. El progreso se realiza, pues, en el seno del cristianismo tradicional; pero preciso es confesar que se realiza á pesar de la doctrina. Esto no basta. La humanidad tiene una sed insaciable de progreso; necesita una fe que satisfaga esta necesidad de su naturaleza, al paso que el cristianismo la rechaza; por esto la Iglesia es incapaz de presidir por más tiempo á la educacion del género humano. Los protestantes avanzados lo conocen; por esto han escrito el progreso en sus banderas. En la Iglesia ortodoxa este mismo sentimiento ha aparecido más de una vez, pero siempre ha sido rechazado como una herejía. Tertuliano, apoyándose en una palabra de Cristo, creía que habia de venir á reemplazar al Evangelio una revelacion más perfecta, la del Espíritu Santo. Pero Tertuliano era hereje. Orígenes, filósofo á la vez que cristiano, trató de romper la barrera fatal del pecado original y de hacer participar á todos los seres de la ley de salvacion. Pero su doctrina fué condenada. De suerte que, bajo cualquier aspecto que se considere la idea del progreso, resulta incompatible con el cristianismo histórico. Todo lo que puede decirse es que se encuentra en gérmen en la enseñanza de Cristo y en el desarrollo que le han dado los padres de la Iglesia. Pero hay obstáculos insuperables en el dogma ortodoxo, que impiden que el gérmen produzca los frutos que desea la humanidad. Ha sido necesario, para que la creencia de la perfectibilidad fuese admitida, romper con el cristianismo oficial y proclamar que el Evangelio no es la última palabra de Dios, proclamar que no hay pecado original ni redencion; lo cual quiere decir que el progreso es un principio filosófico y no un principio cristiano.

(1) VINET, *La educacion, la familia y la sociedad*, p. 393.